

Los irresistibles Trevelyan 2

EL RIESGO
— de proteger —
A UNA DAMA



NURIA RIVERA

¿Puede una carta cambiar una vida?

Cuando Jared Trevelyan recibe noticias de su antiguo coronel, un hombre que no despierta ninguna de sus simpatías, siente la tentación de negarle su ayuda. Pero Jared es, entre otras cosas, un hombre de honor, un hombre al servicio de la Corona, un hombre que frustró un motín para liberar a Napoleón durante su viaje a Santa Elena.

La petición de su antiguo superior no puede resultarle más sorprendente. Su hija, que vive con su abuela en un pequeño pueblo de Chester, corre peligro. Alguien amenaza con matarla si él no entrega una serie de secretos militares. Su delicado estado de salud le impide ir a buscarla en persona, y no hay nadie en quien confíe más que en Jared Trevelyan.

Evelyn Crawford vive una existencia apacible y fantasea con labrarse un futuro como institutriz, lejos de ese padre siempre ausente que tan poco significa para ella. La llegada de Jared pondrá su mundo patas arriba y, sin conocer el motivo, se verá obligada a viajar con él a Londres. Un viaje lleno de peligros y sorpresas que esconde también el futuro de ambos.

Índice de contenido

Cubierta

El riesgo de proteger a una dama

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre la autora

*Para mi cuñada Ana,
una mujer valiente, guerrera e independiente.*

Capítulo 1

Londres, septiembre de 1818

Jared Trevelyan necesitaba salir de Londres. Si se despistaba podía acabar cazado por alguna dama con ganas de atrapar a un marido, y él no tenía madera de esposo.

Con veintiocho años, un cabello espeso y rubio como el trigo, ojos claros, mandíbula cuadrada y una barba que no siempre toleraba, era uno de los solteros más codiciados de la ciudad. Sobre todo, desde que se había extendido la voz de que abandonaba sus funciones en el ejército para dedicarse a gestionar sus tierras.

Formaba parte de ese grupo irresistible que eran los primos Trevelyan y del que procuraba dejar el pabellón bien alto en sus conquistas, pero jamás, jamás, solía relacionarse con damas casaderas que lo pudieran obligar a hacer algo que no deseaba, como casarse. Todavía era joven y había muchos peces en el mar. No le faltaban mujeres que lo recibieran con gusto en su cama, y a las que solo regalaba momentos placenteros, por eso no veía razón alguna para perseguir a una cuyo objetivo solo fuera el matrimonio.

Durante la temporada se había paseado por los salones y los bailes con indolencia, y más de una madre había pretendido engatusarlo para presentarle a sus hijas, sin siquiera disimular que pretendían echarle el guante. La bo-

da de su primo, el nuevo marqués de Kingsbury, había dado de qué hablar y señaló, sin querer, al resto de primos como maridos adecuados, y estos habían salido de la ciudad, en desbandada, al poco de enterrar al tío Reginald.

Él también se hubiera ido a Reedox Hall, la finca de su abuelo, el duque de Gilberston, en Cornualles, donde la familia solía reunirse; si no tuviera en mente ocuparse de Cadwell Park, la hacienda de Lancashire que estaba adscrita al título de vizconde con el que, tres años atrás, fue reconocido por la Corona por su valor y mérito en la batalla. Apenas la había visitado, así que tenía en mente ponerle remedio cuanto antes. Se marcharía hacia sus tierras tras cumplir un último recado.

Había recibido una carta de quien fuera su coronel y le intrigaba la urgencia con la que lo citaba. Cruzó a caballo la ciudad y se presentó en su casa.

Lo recibió un mayordomo y lo siguió hasta un despacho amplio y oscuro. Las paredes estaban forradas de lo que le pareció nogal y, en un lateral, una librería acumulaba un montón de libros que supuso hablaban de estrategias militares y momentos gloriosos de la historia de Gran Bretaña. Allí encontró al coronel. Le llamó la atención verlo sin su traje militar y apoyado en un bastón, le costaba caminar.

Sentados a ambos lados de un escritorio el viejo coronel fue directo al grano.

–Se preguntará por qué le he pedido que viniera.

–La verdad, sí, tengo curiosidad.

Hacía tres años que no veía al coronel, desde la batalla de Waterloo. Tras la victoria sobre Napoleón, él y Henry habían sido destinados a otras funciones amparadas por sus cargos militares, pero que respondían a misiones encubiertas de las que nadie hablaba, ni sabía. No eran espías, pero el primer ministro, lord Liverpool, lo llamaba un trabajo para la Corona.

—No sé cómo decirle esto, siempre separé mi vida personal de la militar, pero en este caso están mezcladas y confío en muy poca gente para recurrir a ella.

Jared se sorprendió, más si cabía, nunca habría dicho que su relación con el coronel Crawford entrara en una definición de confianza, ni mucho menos amigable. El coronel tenía fama de severo y despiadado y fue muy estricto con Henry y con él. Recordaba muy bien el día que lo habían conocido, seis años atrás, cuando llegaron a su primer destino. El ejército no era tan ideal como se lo habían contado y su primera misión fue desastrosa; no supieron cumplir muy bien su cometido, les faltaba destreza y no importó que aquel fuera su bautismo de fuego. Lo tuvieron en España cuando libraba su guerra de Independencia, durante el asedio de Burgos, contra las tropas de Napoleón. Arthur Wellesley, quien se convirtió tiempo después en el primer duque de Wellington, había tomado el mando de todas las tropas aliadas e intentó ganar el castillo de Burgos a la guarnición francesa. Fue una reyerta que se saldó con la derrota de los ingleses. Crawford había sido especialmente duro con los hombres, Henry y él hicieron algún comentario que no gustó al coronel y este los increpó.

—Me importa poco si su abuelo, por muy duque que sea, les ha comprado un mando para jugar a los soldados, ni que el propio Wellington los tenga bajo su protección. Si no valen, los mataré yo mismo en vez del enemigo —espetó autoritario, con desdén y rabia en la voz.

El militar interrumpió sus pensamientos, como si se los hubiera leído.

—Sé lo que está pensando y estoy de acuerdo con usted. No fui amable, pero no era mi cometido. Mi cometido era sacar al mejor soldado de los hombres que tenía bajo mi mando, y creo que lo conseguí, al menos con ustedes dos. Fui yo quien los recomendó a lord Liverpool.

–Siempre creí que no les gustábamos –contestó con asombro, no esperaba aquella noticia.

–Ni me gustaban, ni dejaban de hacerlo; yo había pedido hombres experimentados en la batalla para el asedio del castillo y aparecieron los nietos de un duque, amigo de Wellington, con actitud petulante y arrogante, con sus casacas rojas impolutas y una pose más propia de una velada de Almack's. Además, aquel no había sido un buen día...

Quizá tenía razón, habían llegado con una conducta engreída, como la del que lo sabe todo y aquellos hombres agotados, sentados en cualquier parte del suelo, sucios y más de uno con sus ropas ajadas, fuesen menos que ellos. La soberbia les duró hasta que entraron en batalla y supieron que su vida y las de los otros dependían del hombre que tenían al lado.

–Tengo una hija, ¿sabe?

–No, no lo sabía. No creí que estuviera casado.

–Debe de ser la imagen que doy –respondió el coronel con resignación–. Confieso que no cuidé mucho de mi familia, siempre estaba fuera; tuve un hijo al que ni llegué a conocer. Murió con apenas unos meses, hoy sería un muchacho. Mi esposa falleció hace seis años, lo supe aquel día en Burgos, el día que los conocí.

–Lo lamento –afirmó. Aquella confesión le permitió entender el carácter huraño del coronel, quien parecía absorto en sus pensamientos y continuó tras un leve movimiento de cabeza, aceptando su condolencia.

–Evelyn, mi hija, me había escrito para darme la triste noticia, además de culparme de todos los males posibles; por no haber estado allí, con ellas. Cuando acabó la guerra quise llevarla conmigo, pero ella prefirió quedarse a vivir con su abuela y a mí me pareció bien, pero ahora debo protegerla. Vive en Chester. Por eso lo he hecho llamar, necesito que vaya allí y la traiga conmigo a Londres.

—No entiendo, ¿no puede viajar sola... con una acompañante? Estoy a punto de marcharme a Lancashire, tengo una finca que atender.

Aquello debía de ser una broma del destino. Chester estaba más o menos a media jornada hasta su hacienda. Tendría que ir y regresar a Londres para volver a partir hacia el norte. Con seguridad alguien podría traerla, pensó.

—No quiero que viaje sola, me han amenazado y temo que la usen a ella para forzarme a hacer algo.

A Jared le impresionó la confesión. Se arrellanó en el sillón que ocupaba y centró su atención en la explicación que el coronel le daba.

—He recibido un escrito que dice que, si no me avengo a lo que me piden, mi hija lo pagará.

—¿Qué le piden?

—Revelar información sobre defensa... —El coronel pareció pensárselo y al final concluyó—. Secretos militares. Me han dado una semana para contestar, si me niego mi hija sufrirá las consecuencias.

—¡Pero eso es traición!

Crawford le mostró un sobre. Contenía una hoja de *The Times* y en ella estaban subrayadas algunas palabras. Al leerlas seguidas se encontraba la amenaza. Jared la observó minuciosamente, incluso hizo uso de la lupa que había sobre la mesa del coronel. No halló nada que le diera alguna pista.

—¿Sabe quién se lo envía?

—No. Y he de añadir que me he granjeado más de un enemigo a lo largo de mi carrera, puede ser cualquiera de ellos.

—¿Quién más sabe esto?

—Mi hombre de confianza en comandancia, *sir* John Freedman. Él fue quien me avisó de la singularidad de la carta. Alguien dejó el sobre por debajo de la puerta. Luego sufrí el ataque de gota y llevo tres días que no vivo pensando que han podido hacerle algo a Evelyn.

—¿Desconfía de alguien?

—He negado ascensos, he licenciado a oficiales por deshonor... No sé. Hay gente sin escrúpulos que se vende al mejor postor.

—Debería hablar con sus superiores; con Wellington o Liverpool si es preciso.

—Lo haré, pero primero he de saber que mi hija está a salvo y, como ve —el coronel señaló su bastón apoyado en la mesa—, yo no puedo ir a buscarla. No puedo cabalgar, un ataque de gota me dejó hace unos días sin poder apenas caminar. Quiero a mi hija conmigo para poder protegerla. Por eso necesito su ayuda.

—¿Por qué no envía a por ella a alguien de su antiguo regimiento?

—No me granjeé muchos amigos. Su primo y usted siempre cuidaron la espalda del otro y eso fue digno de mi admiración. Necesito la ayuda de un hombre íntegro. Me consta que usted lo es, igual que el capitán Trevelyan.

—Ahora es marqués, marqués de Kingsbury y se ha casado hace poco.

—Eso he oído.

—¿Por qué yo?

—Tiene devoción por su familia y sé que si me da su palabra de caballero la cumplirá.

Jared supo que no podía decirle que no. Además, la palabra de un Trevelyan era la divisa de su familia. Tenía que aceptar; la misión no le pareció arriesgada y, además, odiaba a los traidores a la patria. Si podía ayudar en la causa y desvelar al infame, lo haría. Sería su última misión.

—Lo ayudaré, iba a marcharme a Lancashire, pero puedo retrasarlo unos días.

—He de advertirle —observó el coronel más relajado—, que quizá ella no se lo ponga fácil. Me odia.

—Nunca lo puso fácil ningún adversario, mi coronel —bromeó para eliminar la tensión que flotaba en el ambiente—. Y en misiones más duras hemos batallado.

Crawford se movió y sacó de un cajón una botella medio llena y dos vasos. Por el color, a Jared le pareció *whisky*. Sirvió dos tragos generosos y le ofreció uno.

—Le estoy confiando mi vida, teniente. Pongo lo que más quiero en sus manos. Si algo le ocurriese a Evelyn yo no podría soportarlo, es lo único que tengo.

En el fondo de su corazón deseó que fuese una misión sencilla, tenía que serlo.

* * *

Jared pasó primero por su casa para avisar a Miles del cambio de planes. Desde sus tiempos en el campo de batalla era el ayudante más fiel que había tenido. Lo había conocido en la cantina una tarde de descanso. Charlaba con Henry y este se burlaba de él; tenían un lacayo para los dos, y él siempre era el último en tener las cosas a tiempo. Nunca le molestó limpiarse las botas o arreglarse la ropa, pero a veces un ayudante era media vida. El hombre se les acercó y, como si acabara de escuchar la conversación, le dijo que él sería su ayudante si lo trataba bien. No quería meterse en líos, era el criado del conde de Winstrop, sargento como él y que servía en otra división. Miles, sin pelos en la lengua, le dijo que su trabajo era el de sirviente, que era un criado, pero no por ello tenían que humillarlo y menos un hombre que parecía tener más miedo del que demostraba. No le hicieron caso y, quizás, si se lo hubieran hecho, las cosas habrían salido mejor. Un año después, Winstrop se escondió ante el primer indicio de motín en el barco en el que llevaban a Napoleón a Santa Elena, y Henry quedó herido de gravedad. El arrojo de Jared había salvado la misión y a su primo.

Así empezó su relación con Robert Miles; el otro necesitaba un trabajo y él alguien que se ocupara de sus cosas. Un apretón de manos fue suficiente para sellar el trato. Resultó ser un buen rastreador, un excelente cocinero en

momentos difíciles y podría decir que hasta un buen amigo cuando lo había necesitado y Henry no estaba disponible. Su primo mayor y él tenían una estrecha relación al haber convivido desde pequeños, más parecida a la de dos hermanos, aunque todos los primos tenían un vínculo que estaba ligado al apellido que compartían; pero la relación con Miles iba más allá de la de un simple sirviente.

Miles no hizo preguntas, solo se interesó por si prefería llevar el carruaje o cabalgar. Pensó que sería más rápido ir a caballo; para regresar a Londres alquilarían un coche. Le informó de que saldrían al alba y luego se marchó al club, había quedado con Christopher para cenar; era el único de sus primos que permanecía en Londres.

Tras la cena se acercaron a la sala de juegos, pero la abandonaron para charlar con tranquilidad ante el bullicio de otros que compartían una partida de cartas.

—¿Se marchan, caballeros? ¿Los irresistibles Trevelyan evitan perder unas cuantas libras en un inocente juego? —inquirió con ironía uno de los hombres, que señalaba dos huecos vacíos en la mesa. Era el honorable Ferdinand Olsen, el tercer hijo de un conde, todo un dandi demasiado aficionado al juego y del que se decía que había perdido un ojo en un duelo, por eso lo llevaba cubierto; aunque Jared sabía que había sido en un accidente en la academia militar y que por eso lo licenciaron.

—No me preocupa perder mi dinero contigo, Olsen, lo que me preocupa es si sabrás encajarlo si lo pierdes tú —respondió Christopher, jocoso.

—Al menos de mí la gente puede esperar mi mal carácter, pero no le robo nada a nadie —espetó el tuerto ante la pulla.

Christopher se revolvió sobre sí mismo con rabia en los ojos y los puños apretados.

—¿Qué insinúas? ¿Acaso yo sí robo?

El otro, con cara inocente, levantó las manos en señal defensiva, pero soltó mordaz.

—No sé, tú sabrás.

Christopher dio un paso hacia el hombre, pero Jared intervino y lo sujetó del brazo.

—Vamos, Chris, no vale la pena, Olsen está loco. No sé si pretende llevarse nuestro dinero o probar los puños de un Trevelyan. Déjalo con ganas de ambas cosas.

Los que rodeaban al hombre del parche en el ojo soltaron una carcajada, este también se sumó, aunque pareció tragarse el orgullo. Pero estaba demasiado interesado en seguir el juego y llamó al orden a los otros jugadores. Los huecos en la mesa lo ocuparon otros con rapidez.

Los primos buscaron un sitio y se sentaron, pidieron al sirviente que se les acercó un par de vasos de *whisky* y Jared, intrigado, preguntó.

—¿A qué se refería ese idiota? No me digas que continúas con esa mujer.

—No, seguí el consejo de Henry y me alejé, pero me busca y me va a meter en un lío. Olsen nos vio un día hablar en el Serpentine.

—¿Y qué hacías en el Serpentine?

—Me citó, pero te juro que rompí con ella antes de la boda de Henry —afirmó—. Me dijo que su marido se había enterado, pero dejaría las cosas estar si ella rompía conmigo y no lo abandonaba. No quería ningún escándalo.

—Bien —soltó con alivio Jared y bebió de su vaso—. Es mejor que te busques una amante que no sea de otro. A nadie le gusta que le roben a la mujer.

—La conocí en un viaje, no me dijo que estaba casada. Cuando lo supe rompí con ella. Por eso me fui unas semanas a Flowerday Hill, me iba a meter en un lío. Volví para el entierro de tío Reginald y hubiera regresado si Henry y Georgia no se hubieran casado, pero mejor dejarles espacio.

—Ahora que los nombras, ¿cómo le irá a la parejita?

Jared pensaba a menudo en su primo, a todos les había sorprendido que se hubiera enamorado, pero el amor

debía cambiar a las personas, porque desde que había conocido a la que era su esposa sus demonios se habían aplacado. Y se alegraba por ello.

–Estarán haciendo travesuras por todas las habitaciones de aquella santa casa –contestó Chris, burlón.

–Pues creo que hay unas cuantas –rió Jared. Levantó su vaso para brindar, Chris lo imitó y chocaron los vasos–. ¡Por Henry y su marquesa!

–Me voy de viaje a Escocia –anunció Chris–. Visitaré a un amigo de Eton.

–Yo también me marcho. He de resolver un asunto antes y luego me iré a Lancashire, pásate si quieres, a tu regreso.

–Henry me dijo que los visitara, pero que no fuera antes de que llevaran allí un mes.

Jared soltó una sonora carcajada.

–A mí me dijo lo mismo. Seguro que antes de Navidad nos anuncia que va a ser padre.